

Perfecta a sus ojos

Ivory Angers

Perfecta a sus ojos
© 2011, Aitziber Vílchez

Primera edición: Junio 2012
Edición revisada: Diciembre 2012

Diseño: Aitziber Vílchez.
Ilustración: Vector Graphics by vecto2000.com

Registro SafeCreative: 1.304.084.912.747
ISBN: 978-1484072875

Licencia Creative Commons (CC)
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0

(CC) Algunos derechos reservados

Esta obra puede ser libremente distribuida siempre que se reconozca a su autora. En ningún caso se puede modificar la obra, ni el documento en el caso digital, ni tampoco se pueden crear derivaciones de ninguno de ellos, sin el permiso expreso de la autora. No está permitido —bajo ningún concepto— el uso comercial del material, derecho sólo reservado a la autora.



Capítulo 1

—Hoy vamos a seguir leyendo el libro.

—Hoy no toca lectura —dijo Alex. Lo que menos le apetecía en ese momento era seguir con la lectura de un libro que le aburría soberanamente.

—Bueno, pues resulta que está lloviendo, por lo que no voy a llevarte a dar un paseo. Toca quedarse en casa, así que no rechistes.

Laura cogió el gran libro de la mesilla del salón. Llevaban varios días con la lectura y parecía que nunca llegaba a su fin. Se sentó en el sofá enfrente del sillón favorito de Alex y abrió el libro por donde indicaba el marcapáginas.

—*»Capítulo 8: Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación.*

—Así que hemos llegado a la famosa escena de los molinos —interrumpió Alex—. ¿Eso quiere decir que ya queda poco para terminar el libro?

Laura no esperaba esa interrupción y menos con ese tono tan esperanzado porque paró de leer en el acto. Pero sólo necesitó un par de segundos para responder.

—Por supuesto que no. Ni siquiera hemos llegado a la cuarta parte del libro.

—¡Tienes que estar de broma! —se quejó Alex—. No puede quedar tanto.

—¡Pero si sólo llevamos ocho capítulos!

—Esperaba que el libro tuviera diez —murmuró Alex por lo bajo. La lectura de este libro se le estaba haciendo eterna. Sin embargo, él notaba claramente que a Laura le encantaba. Había aprendido muchas cosas desde que se había quedado sin visión y una de ellas era detectar las emociones de la gente por su tono de voz.

A Laura le gustaba mucho este libro, pero a él le parecía mejor sedante que los propios somníferos.

—¿Cómo va a tener diez capítulos? Es un libro de más de mil páginas.

—¿Perdona? ¿Y me estás leyendo un libro tan gordo? —preguntó asombrado—. Creo que va a ser mejor que lo dejemos y empieces otro. No podré soportarlo más tiempo.

—¡Pero si es un clásico! Es una obra maestra. Su lectura es una de esas notas a apuntar en «qué cosas hay que hacer antes de morir».

Alex suspiró con paciencia. Conocía perfectamente bien a Laura como para saber que era una ávida lectora y que todo libro que no leyeras, te convertía en un hereje cuyo destino era vivir la eternidad ardiendo en el infierno.

O al menos eso pensaría si Laura tuviera una vena más maquiavélica y no ese corazón tan blando.

Pero fue ese corazón tan blando lo que de hecho salvó su vida. Después del accidente de tráfico que le dejó en la más absoluta oscuridad, había caído en un profundo pozo de depresión del cual no habría salido si no hubiera sido por ella. Alex se había metido en un círculo vicioso de autocompasión que se vio reforzado a causa del abandono paulatino de los que él creía sus amigos.

Lo único que le quedó fue su familia y Laura. Curiosamente, a ella la había conocido después de su accidente, mientras estaba sentado en un banco en el parque

reconcomiéndose en su miseria y pensando atrocidades. Pero ella, sin más, se había sentado a su lado y le había dado conversación. No era nada transcendental, pero era más de lo que habían hecho muchos de sus amigos, los cuales se habían sentido incómodos ante su situación.

—A todo el mundo no le puede gustar. Y yo soy una de esas personas. ¿No puedes buscar algo más actual? ¿Algo que, por cierto, no me haga tener que buscar un diccionario para saber qué palabrejas me está diciendo?

—No digas tonterías; se entiende sin ningún problema.

Se hizo un breve silencio que, al final, Laura acabó rompiendo.

—¿De verdad no te está gustando el libro? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

Parecía confundida. Lo cierto era que, antes de ella, él no leía prácticamente nada. Pero debido a su ceguera, muchos de sus ocios se habían perdido. Aunque era cierto que poco a poco iba recuperando algunos, otros permanecerían en suspenso mientras siguiera así. Sin embargo, ahora mismo, oírla leer un libro era uno de sus pasatiempos favoritos.

Le gustaba mucho su voz, tenía un timbre muy suave y su tono era muy femenino. Era reconfortante, pero a la vez le hacía desear escuchar palabras que no se le decían a un amigo. Unas palabras que, de seguir así, sólo quedarían entre sus sueños. Porque no habría otro camino para ellos mientras siguiera ciego.

No lo permitiría.

Nunca arruinaría su vida uniéndola a un hombre que limitaría sus acciones. Porque aunque ella lo deseara, tenía un miedo casi irracional al futuro. No podía afrontar la posibilidad de que un día se levantara, dijera que ya no le quería y se arrepintiera de haber perdido sus mejores años con él. Que ya no podría hacer las cosas que le hubiera gustado hacer a causa de su ceguera.

No podría recuperarse de un golpe como ése. Porque él la quería sobre todas las cosas y deseaba que tuviera una vida plena y feliz.

Mientras siguiera en su condición, nunca estarían juntos, algo que cada vez le costaba más mantener.

—Porque sé que te encanta ese libro. Lo noto en tu voz —sonrió—. Además, no quería decepcionarte diciéndote que soy un ignorante al que no le gusta el *Quijote*.

—No te pongas dramático —dijo condescendentemente. Soltó un suspiro—. No sé qué podríamos hacer. Contaba con leerte un rato.

Se hizo un silencio que, de hecho, le llamó la atención.

—¿De verdad está lloviendo?

—Claro. ¿Por qué iba a decirlo si no?

Ummm, si ése no era un tono de culpabilidad, él no se llamaba Alexander Andrade. Agudizó un poco más su oído intentando escuchar los ruidos del exterior. No oía las gotas cayendo sobre el cristal y tenía que reconocer que su sentido del oído se había acentuado mucho. Era capaz de escuchar nimios sonidos a una buena distancia.

—No está lloviendo, ¿verdad?

—Creo que está parando —murmuró.

—Laura... —le dijo en tono de advertencia.

—Vale, no está lloviendo. Pero nos quedamos en una parte muy interesante del libro...

—¡Pero si ya lo has leído! —la interrumpió—. Me querías escatimar mi paseo. Sabes que lo que más me gusta es salir de entre estas cuatro paredes.

—Lo siento. —Al menos tuvo la decencia de parecer contrita—. Debería haber sido más considerada contigo.

Alex extendió la mano hacia el frente tanteando dónde estaba. Laura le cogió la mano a su vez. Tenía unas manos cálidas y suaves, y unos dedos largos y finos. Cualquiera podría haber dicho que eran manos de pianista, pero por lo que él sabía, esos dedos en vez de teclas pasaban páginas.

No había conocido nunca a nadie que leyera tanto. Su círculo cercano no tenía la lectura como *hobby*. Más bien eran la clase de personas que se entretenían malgastando sus fortunas sin apreciar otros posibles *hobbies* como la lectura.

Subió la mano por su brazo hasta llegar a su cara. Tenía el ceño fruncido.

—No te lo estaba recriminado, ¿lo sabes verdad?

—Lo sé, pero como decía, debería haber sido más considerada contigo —dijo, y él supo que se sentía culpable.

Le tocó la cara con la otra mano. Era su única forma de «verla» y de paso sentirla. Tocarla era lo máximo que se permitía con ella y cuya frecuencia intentaba controlar. Contenerse era muy difícil cuando estaba a su alcance. Y ésta era una batalla constante entre lo que debía y lo que quería hacer realmente.

De su ceño bajó por los ojos hacia su nariz y después por sus mejillas. Tenía una piel lisa y suave.

Le habría encantado ponerle cara de verdad. Desgraciadamente, aunque Laura decía que sí le conocía de antes de su accidente, él no recordaba haberla visto. También era cierto que era bastante conocido puesto que su familia era la fundadora de la prestigiosa marca de videojuegos *Playing Games* y si eran conocidos en el ámbito de los videojuegos a nivel internacional, mucho más lo eran en la zona donde vivían.

Posiblemente fuera la familia más rica en muchos kilómetros a la redonda.

Laura Zabala, sin embargo, pertenecía a una familia más humilde en comparación a la suya. Su familia vivía en la misma localidad desde hacía generaciones y sus padres, si no recordaba mal, eran propietarios de una tienda de ropa y, por lo que sabía, no les iba mal. Pero invariablemente, sus círculos sociales eran distintos y él daba fe que nunca la habría conocido de no ser por su accidente.

A pesar de que en estos tres años de ceguera había aprendido a reconocer caras por el tacto, lo cierto era que no era muy diestro en saber si las facciones «combinaban» o no. A él le parecían bonitas aunque Laura repitiera hasta la saciedad que era de aspecto normal. No podría saberlo mientras siguiera sin poder verla.

Y sólo podría salir de su ceguera el día que encontraran una cura para una lesión en el nervio ocular. Algo aparentemente cercano en medicina, pero que para los pacientes podría llevar años. Su familia había invertido mucho dinero en investigar en este campo, y aunque sabía que se había conseguido regenerar el nervio óptico en ratones, aún faltaría tiempo para dar el salto en humanos.

—Podría llevarte en compensación a un sitio precioso que conozco y al que aún no te he llevado —dijo ella poniendo su mano sobre una de las suyas.

Laura le sacó así de sus cavilaciones. Como solía hacer a menudo, se había encerrado en su mente a divagar sobre su problema y sobre ella. Pero alguna ventaja debía tener llevar unas gafas oscuras: era difícil ver si se había ensimismado o no.

—Claro, me parece una buena idea. Sabes que me gusta conocer sitios nuevos.

—Perfecto —sonrió—. Entonces, vamos. Voy por las llaves del coche.

Laura se levantó del sofá y se dirigió a la estantería que había en el salón. Oyó que dejaba el libro allí.

—Supongo que no seguiremos leyéndolo —suspiró—. Es una pena. Por cierto, ¿dónde está Luna? No la he visto en el jardín.

—Mi madre ha aprovechado a llevarla al veterinario sabiendo que estarías esta mañana conmigo.

—¿Le ocurre algo? —dijo preocupada.

—No. Tranquila. Es la revisión anual.

—Entonces, me tocará guiarte. Te espero en la puerta.

Oyó los pasos de Laura alejarse por el pasillo. Aunque para salir al exterior necesitaba de Luna o su bastón para guiarse, su casa era su terreno. Conocía perfectamente las distancias entre las estancias de la casa. Mientras nadie moviera los objetos, podría desplazarse sin dificultad.

Llegó al hall y se quedó esperando a Laura. ¿Dónde se había metido? No se podía tardar tanto en coger las llaves del coche.

Esperó unos minutos y entonces regresó.

—He hecho unos bocadillos para comer allí. Ya verás cómo te gusta el sitio.

—Estoy seguro —expresó convencido.

Laura le cogió el brazo y lo colocó en el suyo para guiarle al coche. El mismo coche en el que cambió toda su vida. Aún le daban escalofríos de vez en cuando al montarse. Pero se había negado a deshacerse de él. Era su reto personal: superarlo. Y cada vez que se montaba e iba al lugar donde le llevaran sin tener sudores fríos, era una gran victoria para él.

Y lo había conseguido. Los primeros meses le costó bastante subirse a él. Pero poco a poco le había perdido el miedo intenso que le recorría cada vez que pensaba en el coche. Ahora mismo, volvía a ser un transporte para él. No podía conducirlo, pero siempre habría alguien que le llevara.

Además, era un constante recordatorio de su imprudencia. Algo que no volvería a pasar jamás. Se sentó y se puso el cinturón de seguridad. Después, se aseguró de que estaba bien puesto, y finalmente, se volvió a asegurar. Un ritual por el que pasaba siempre que montaba en el coche.

No volvería a pasarle, al igual que nunca volvería a beber hasta casi quedar inconsciente y subirse en el coche con otra persona bebida.

Laura se sentó en el asiento del conductor y se puso el cinturón. Después comprobó el suyo a pesar de que él se había asegurado que estaba bien. Ése era el ritual de ella. A pesar de que era una tarea que podía hacer perfectamente y muchas veces se molestaba porque la gente le considerara un inválido, era un gesto que le conmovía. El coche era su talón de Aquiles y ella lo sabía e intentaba hacerle sentir seguro.

—¿Adónde me llevas?

—Es una sorpresa.

Capítulo 2

Sabía perfectamente que no le gustaba montar en coche. Por desgracia, no le quedaba otra alternativa si quería desplazarse a otros lugares. Y aunque entendía que quisiera conservar el coche como una forma de vencer el trauma del accidente, ella, en su lugar, lo habría mandado al desguace.

Alex tenía mucha fortaleza y había sabido salir de aquel agujero en el que estaba metido. Ciertamente era que cuando habló con él por primera vez estaba sumido en una profunda depresión. Pero había salido de ese bache milagrosamente. Había presenciado esa asombrosa recuperación; cómo día a día, iba retomando su vida.

Sin embargo, en cuanto se montaba en el coche, si bien no reaccionaba como al principio, sí que solía encerrarse en sus pensamientos. No le extrañaba lo más mínimo. Tenía que ser muy difícil subirse en el vehículo que cambió para siempre su vida y encima, no poder percibir lo que podría ocurrir.

No era lo mismo ver tu entorno y poder reaccionar ante un inminente accidente que estar sentado en un asiento sin saber nada. Debía ser muy duro saber que no tenías ni un mínimo control sobre lo que pudiera pasar.

Era increíble las vueltas que te podía deparar el destino. De la complejidad y gran actividad de su anterior vida, había pasado a una sencilla y tranquila.

La primera vez que lo vio, ella tenía diecisiete años. Fue justo después del gran éxito de ventas que tuvo la empresa de su familia con un videojuego que él había programado mientras terminaba su carrera de ingeniería informática. «Cruzadas» era un juego de estrategia que pronto había llegado a lo más alto en la lista de ventas. Había sido algo inesperado para todo el mundo. De repente, una modesta empresa de videojuegos nacional que se encontraba en su localidad, se había encumbrado a la fama de la mano de un chico de veintidós años que tuvo el acierto de dar con un juego que revolucionó el mercado.

Estaba en boca de todo el mundo. Especialmente en donde vivían. Era imposible no conocerle aunque no le sorprendió en absoluto que él no supiera nada de ella cuando se presentó ante él. Barakaldo era una localidad vizcaína que contaba con cien mil habitantes. Era imposible conocer a todos los ciudadanos.

Alex era tremendamente creativo y estaba segura que seguía siéndolo. Después de aquel primer juego, le vinieron otros dos más con tanto éxito como el primero. Pero el accidente truncó su brillante carrera y le había dado un revés difícil de digerir.

Todo su mundo se tambaleó y cayó. Laura tenía que reconocer que no era especialmente sensible a las desgracias de la gente rica. Al fin y al cabo, no era lo mismo que te ocurriera una desgracia cuando apenas podías sustentarte, a que te pasase algo y pudieras vivir con todos los lujos y las comodidades que el dinero podía darte.

Sin embargo, era una persona y por simple empatía humana, le afectó su situación.

Y poco después de su caída profesional, se desmoronó su vida social. Su prometida le dejó y se fue con su hermano. Una píldora difícil de tragar. Fue un cotilleo muy sonado en los medios locales. Además, sus amigos se fueron distanciando.

«Menudos buitres. Mientras todo fuera bien, tan amigos; pero cuando las cosas se

ponían feas, ahí te quedabas».

Eso fue lo que pudo con ella al verle aquel día, hacía más de dos años, cuando se lo encontró sentado en aquel banco en la ajetreada plaza de Cruces, con Luna a sus pies y una expresión desolada. En un lugar de paso como era ése, donde los visitantes del hospital van y vienen con sus propias preocupaciones, la gente entra y sale del metro o los autobuses, o donde simplemente, las personas pasan de un lado a otro por la zona más céntrica de este barrio de Barakaldo, nadie se iba a fijar en una persona sentada en uno de los múltiples bancos allí situados. Y verle ahí con la expresión más derrotista que había visto nunca, fue lo que hizo que se sentara en ese mismo banco y le diera conversación.

Estaba tan triste... Aún le dolía recordar su estado.

Pero si el accidente había dado un giro de ciento ochenta grados a la vida de Alex, aquel día representó el giro para ella. Ni en sus más salvajes sueños habría esperado que ese niño rico acabaría siendo, tiempo después, su alma gemela.

Aunque el muy estúpido no se diera cuenta.

Claro que en el fondo, todas las personas no correspondidas de este mundo debían pensar lo mismo del o la idiota que no les hacía caso y se iban con «otro-barra-a», dependiendo sus preferencias.

Levantó el pie del acelerador. Debía relajarse o del cabreo que iba a coger acabaría llevando el coche a ciento cuarenta.

Miró a Alex de reojo. Seguía con esa expresión seria y tensa que le indicaba lo que estaba pensando.

—No está muy lejos, casi estamos llegando.

—¿Qué? —preguntó desconcertado.

—Que ya falta poco.

Se salió en la siguiente salida, rumbo a la playa. Con el día soleado que estaba haciendo, su refugio personal sería un lugar ideal para pasar el rato. Aparcó al llegar a su destino. Se había metido por un camino poco transitado que llevaba a una zona del acantilado al que curiosamente, la gente no solía ir. Les gustaba más disfrutar de la arena y el agua.

A Laura, sin embargo, le gustaba más disfrutar del sonido del mar. De modo que iba hacia una cala cercana donde no se podía descender a la arena gracias a un rocoso acantilado donde chocaban las olas cuando subía la marea. Le encantaba la brisa marina y el olor a salitre que ésta traía. Además, la cala era preciosa, aunque Alex no podría apreciar la vista. Pero al menos, podría disfrutar de sus otros sentidos.

Cogió la bolsa de playa del maletero y le llevó hasta una zona cercana al desfiladero, pero a una distancia prudencial, y extendió una manta donde se sentaron.

—Éste es mi sitio preferido —dijo orgullosa. Le encantaba el paisaje; por muchas veces que fuera a ese lugar, seguiría dándole esa sensación de tranquilidad que tanto le gustaba.

—¿Me has traído a la playa? Ya lo has hecho en otras ocasiones.

—No. Otras veces te he llevado a la playa. Hoy te he traído a mi sitio preferido. Es una cala poco habitada que hay cerca de la playa de Sopelana.

—¿Hay una cala poco habitada en Sopelana? —preguntó en tono sarcástico—. ¿En serio?

Laura puso los ojos en blanco.

—Adoro que seáis tan ignorantes y todos vayáis como borregos a las de siempre.

Gracias a eso, este lugar seguirá siendo de uso exclusivo mío —rio.

—Bueno, ahora yo también lo conozco —dijo sonriente.

—Pero no puedes venir si no te traigo —contestó altanera.

Un instante después, vio cómo a Alex se le demudaba la cara. Sin querer había tocado «el tema». Se arrepintió al momento.

—Es cierto. No puedo venir yo solo.

—Lo siento. No tenía que haber dicho eso.

—¿Por qué? Es cierto, dependo de la gente si quiero salir de la ciudad.

—Alex...

—Pero no puedo quejarme —continuó—. Porque también tengo a gente a mi alrededor que me llevarían a cualquier sitio si lo pido. ¿Verdad?

—Claro... —contestó de forma automática—. Por supuesto —dijo con más énfasis—. Sólo tienes que decir a qué sitio quieres que te lleve.

Cogió su mano y la apretó con firmeza. Realmente habría querido hacer algo más que eso, pero se contuvo.

Y le entraron los remordimientos.

Porque Alex no sabía con qué clase de «víbora» estaba. Una persona que veía demasiados beneficios en su ceguera.

Para empezar, era plenamente consciente de que jamás podría haber estado así con él si no hubiera sido por el accidente. Ellos vivían en «ligas» diferentes: Alex en un círculo de élite y ella, en el común de los mortales... o más bien de los mortales en un país desarrollado. Podía dar gracias por ello, al menos.

Para continuar, y en el hipotético caso de que sus vidas se cruzaran, eran muy distintos. Alex era elegante y sofisticado. No era un estilo que gritaba «¡estoy forrado!», pero se veía a la legua que tenía dinero. Ella, en cambio, vestía de una forma normal, sin demasiados miramientos.

Tampoco era una persona que cuidara en exceso su imagen. De forma habitual no se maquillaba, sólo cuando iba a algún sitio importante o salía de fiesta con las amigas. Ni se hacía peinados bonitos para salir a la calle un día normal. Mientras que Alex, al menos hasta antes de su accidente, sí lo hacía. Podría asegurar casi con certeza que contaba con un estilista que le decía lo que tenía que llevar, qué accesorios tenía que ponerse y hasta qué peinado utilizar con el conjunto del día. Estaba convencida.

Y teniendo en cuenta que su ex-prometida era la típica «modelo de catálogo», sabía que ella no era precisamente su tipo.

Y más porque la cosa sumaba y seguía. Estaba claro que Alex no era un adonis griego, pero era de buen ver. Un hombre agraciado, se podría decir. Con ojos grises y un pelo negro que hacía que resaltasen más, conjuntaban perfectamente con las facciones masculinas de su rostro. Además, aún en su estado, debía seguir haciendo ejercicio físico, al menos de mantenimiento, pues se le veía tonificado. Si estaba segura que antes tenía un estilista, también lo estaba sobre que tenía un preparador físico. Con la diferencia que éste parecía seguir conservando su puesto.

A sus treinta y un años, Alex Andrade era un hombre hecho y derecho que a muchas mujeres les gustaría catar.

Incluida ella misma: una mujer normal y corriente, de facciones corrientes, ojos marrones corrientes, pelo castaño también muy corriente, altura media (eso también era corriente) y cuerpo, para no desentonar, también corriente. Lo dicho, una mujer

normal y corriente en la cual, alguien como Alex, no pondría sus ojos en la vida.

Pero como sus actividades se habían limitado, ahí estaba ella aprovechándose de la desgracia ajena.

Lo dicho, era una «víbora» con todas las letras y estaba a punto de seguir sacando partido de la situación.

Le gustaba mucho tomar el sol y lo hacía siempre que iban a la playa. Y aunque hoy no había traído el traje de baño, tampoco le preocupaba quitarse la ropa puesto que era una zona por la que no pasaba nadie.

—¿Has traído bikini aun sin pensar en venir a la playa? —le preguntó Alex.

—No. Pero por aquí no pasa nadie así que puedo quedarme en ropa interior. De todas formas, qué me importa lo que pueda pensar un desconocido al verme así —rio.

Se echó crema a las partes que alcanzaba y después se tumbó mientras le pasaba el bote de crema a Alex.

—¿Puedes darme crema en la espalda?

Alex se acercó más a ella y Laura se dispuso a disfrutar de lo que no debería disfrutar. Le encantaba sentir sus manos por la espalda, y mejor que eso, adoraba los momentos en los que se imaginaba que no lo hacía por echarle crema. Su nivel para abstraerse en los entresijos de sus fantasías era pasmoso incluso teniendo en cuenta que tenía que acallar la voz de su conciencia.

Alex tanteó dónde estaba y empezó por la parte lumbar. Aquello era la gloria y tuvo que contenerse para no soltar un suspiro de satisfacción. Él era muy concienzudo cuando le echaba crema por la espalda, posiblemente porque no era capaz de ver las zonas que se dejaba y que una persona normal podría ver por el brillo de la crema.

Y le daba un masaje con unas manos mágicas. Adoraba esas manos y anhelaba lo que podrían hacer paseándose por el resto de su cuerpo.

No debería pensar esas cosas, pero era difícil.

Sus manos subieron por su espalda hasta los hombros y se pararon bruscamente. Entonces bajaron con rapidez como si buscaran algo en la zona media de la espalda.

—¿Estás desnuda? —le pareció que se atragantaba al decirlo.

—Desnuda... lo que se dice desnuda, no. Aprovechando que no hay nadie, me he quitado la parte de arriba, a ver si así se suaviza la marca de la espalda.

Alex quitó sus manos como si se hubiera quemado.

—¿Te encuentras bien? —se preocupó por él mientras se incorporaba.

—¿Te estás levantado? —se alteró—. ¡Tumbate ahora mismo! Alguien podría verte.

—Tranquilo, aquí no hay nadie. Sólo nosotros. Y bueno, tú no...

No siguió con la frase aunque estaba claro a lo que hacía referencia. Alex no podía verla, de modo que no le importaba estar desnuda frente a él. Pero le estaba preocupando su reacción. Se había quedado blanco y tenía la espalda tan recta que se podría utilizar como una regla para hacer líneas.

—¿De verdad te encuentras bien? Pareces estar muy rígido.

Laura pensó que estaba teniendo alucinaciones sonoras porque le pareció oír que Alex murmuraba un «no lo sabes tú bien». Pero puesto que él nunca diría algo como eso y prácticamente ni había movido los labios, su mente debía estar desvariando.

—¿Alex?

—¿Puedes tumbarte? —le pidió—. Quizás te parezca normal porque no puedo verte pero a mí me resulta incómodo.

Esa afirmación le dolió a Laura. Ni siquiera podía verla; ni a ella ni a ninguna otra. Y sin embargo, ¿acaso le repelía imaginársela desnuda? ¿Cómo se pensaba que era? Le había dicho que era normal, no que echara para atrás a los hombres. Y puesto que no podía ver a ninguna mujer, debería tener una imaginación más positiva.

De hecho, si ella estuviera ciega, posiblemente se imaginara a los hombres como bellas criaturas de la naturaleza para recrearse la mente, ya que la vista no podría.

Esa idea le sentó como un jarro de agua fría a su estado anímico. De pronto, ya no le apetecía seguir allí con él.

—Quizás deberíamos irnos a casa.